



IGNACIO CABRIA



ASÍ CREAMOS MONSTRUOS



LAS LEYENDAS DEL YETI, EL CHUPACABRAS
Y OTROS SERES DE LA CRIPTOZOLOGÍA

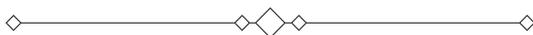


Luciérnaga



IGNACIO CABRIA

ASÍ CREAMOS MONSTRUOS



LAS LEYENDAS DEL YETI, EL
CHUPACABRAS Y OTROS SERES
DE LA CRIPTOZOOLOGÍA



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Ignacio Cabria, 2021.

© de las ilustraciones: Ignacio Cabria

© de la edición de las ilustraciones: Sofía Cabria Arinto

© de las fotos: Shutterstock

© de la ilustración de cubierta: Shutterstock / Mix of All Solutions, Blackspring, ERSP y Arthur Balitskii

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: enero de 2023

© Edicions 62, S.A., 2023

Edicions Lucièrnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-19164-35-3

Depósito legal: B. 12.180-2022

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

<i>Prólogo</i>	9
<i>Introducción</i>	13
<i>Agradecimientos</i>	25

Primera parte

MONSTRUOS MARINOS Y LACUSTRES

1. DEL KRAKEN Y EL PULPO GIGANTE AL ARCHITEUTHIS.....	29
2. LOS MARINOS QUE VEÍAN SIRENAS Y TRITONES ..	51
3. LA GRAN SERPIENTE MARINA DE AYER A HOY... ..	75
4. EL MONSTRUO DEL LAGO NESS	117
5. MONSTRUOS LACUSTRES Y DINOSAURIOS REDIVIVOS.....	155

Segunda parte

EL MONSTRUO HOMÍNIDO

6. GIGANTES, RAZAS MONSTRUOSAS, HOMBRES SALVAJES Y HOMBRES-MONO	191
7. EL YETI.....	223
8. LOS OTROS «HOMBRES DE LAS NIEVES» Y SUS MITOS	259
9. EL SASQUATCH Y EL BIGFOOT	293
10. CIENCIA, TRADICIÓN Y CULTURA DEL HOMÍNIDO ANÓMALO.....	325

Tercera parte

ANIMALES FANTASMA, ILUSIONES COLECTIVAS
O LEYENDAS CONTEMPORÁNEAS

11. ANIMALES ESPECTRALES Y MITOS	363
12. ANIMALES FUERA DE SITIO Y LEYENDAS CONTEMPORÁNEAS	391
13. EL CHUPACABRAS, SABOR LATINO	423
14. LA CRIPTOZOOLOGÍA	461
<i>Epílogo</i>	481
<i>Bibliografía seleccionada</i>	499

Capítulo 1

DEL KRAKEN Y EL PULPO GIGANTE AL ARCHITEUTHIS

NATURALIZACIÓN DE LOS MITOS

Bajo los truenos de la alta profundidad,
Muy abajo en el mar abismal,
Su dormir antiguo, sin sueños, inalterado
El kraken duerme...¹

ALFRED TENNYSON. *El kraken*

Los monstruos de los mares parecen tan antiguos como el mundo. En el quinto día de la Creación «creó Dios los grandes monstruos del agua y todos los animales que bullen en ella» (Génesis 1:21). Los monstruos son tan antiguos como la literatura, y en un momento u otro a todos ellos se los ha querido desmitificar como criaturas zoológicas que, al final, se constituyen igualmente en figuras míticas como el kraken, el pulpo gigante, las sirenas y los tritones, y la gran serpiente marina. Los monstruos marinos están en los grandes mitos clásicos. La gran serpiente marina podría tener sus precedentes en el dragón con forma de serpiente gigante que Jasón y los argonautas se encontraron en su búsqueda del vellocino de oro, o en el Leviatán de la Biblia antes de que fuera asociado a los demonios por el cristianismo. En el grupo

1. Traducción propia de: «Below the thunders of the upper deep, / Far, far beneath in the abysmal sea, / His ancient, dreamless, uninvaded sleep / The Kraken sleepeth...».

escultórico *Laoconte y sus hijos*, que se puede visitar en los museos vaticanos, se representa que «dos serpientes marinas gigantes en forma de arco nadaron sobre las aguas desde Tenedos (...) y se abalanzaron directas sobre Laoconte», cuenta Virgilio en la *Eneida*. La imagen es de serpientes, pero también se ha querido ver en ellas los tentáculos del pulpo.

Son mitos, pero alguno de estos monstruos es un animal hoy reconocido por la ciencia. Sí, el calamar gigante existe, puedo dar fe de ello porque en el Museo Marítimo de mi ciudad, Santander, se encuentra uno de los mayores ejemplares recogidos en las costas españolas. Fue encontrado el 1 de octubre de 2013 en la playa de Pechón, en Cantabria. Mide más de 10 m de largo y pesa 180 kg. Dado su tamaño, se muestra en una urna con sus tentáculos plegados. Pertenece al género *Architeuthis*, el mayor invertebrado del mundo. Uno de los hábitats de esta especie no está tan lejos como podríamos pensar; se encuentra en el mar Cantábrico, en las profundidades del caladero de Carrandi, a solo 25 millas frente a Gijón. El espécimen del Museo Marítimo de Santander se encontró muerto, pero en 2004 unos zoólogos japoneses tuvieron la ocasión de observar y filmar por primera vez un calamar vivo casi tan grande como el ejemplar cántabro, y luego ha habido otras observaciones. ¿Ha podido dar lugar el *Architeuthis* a relatos sobre monstruos marinos como el kraken? Vamos a repasar aquí la mitología y la historia de los monstruos marinos, empezando en este capítulo por dos criaturas que a veces se han tomado por equivalentes, como son el kraken y el pulpo gigante.

El pulpo gigante y su mitología

El kraken y el pulpo gigante, que a menudo se confunden, son dos figuras del imaginario moderno, pero su origen se ha querido remontar hasta los mitos griegos. Willy Ley,² el pionero divulga-

2. Ley, 1963, pp. 99-101. Willy Ley fue divulgador de la astronomía, pero fue también autor del libro pionero del estudio de la «zoología fantástica» o

dor de la fauna fantástica y misteriosa, encontró una primera mención a algo parecido al kraken en el monstruo Escila (o Scila) de la *Odisea*. Ulises debía navegar a través de un estrecho en el que desde cada lado amenazaba un monstruo: a un lado estaba Escila con sus múltiples cabezas; al otro, el torbellino mortal de Caribdis. Escila arrebató a seis de los compañeros de Ulises, y elevándolos hacia lo alto se los comió. Así describe Homero a Escila:

Su cuerpo es de un monstruo maligno, al que nadie gozara mirar, aunque fuese algún dios el que lo hallara a su paso; tiene en él doce patas, mas todas pequeñas, deformes, y son seis sus larguísimos cuellos y horribles cabezas cuyas bocas abiertas enseñan tres filas de dientes apretados, espesos, henchidos de muerte sombría.³

Willy Ley vio también un calamar en la figura mítica de Medusa, que Hesíodo definió como un monstruo con serpientes retorcidas por cabellos. Y la Hidra de Lerna, con sus nueve cabezas o más, a la que Hércules dio muerte en el segundo de sus trabajos, podría ser tomada, ensanchando la imaginación, por un pulpo, pues cada vez que se le cortaba una cabeza le crecían dos, lo que se compara con la capacidad del pulpo de regenerar un tentáculo cortado.

El calamar gigante y el pulpo son dos de los animales que más han excitado nuestra imaginación, no en vano son de los menos conocidos, y por ello han encarnado el misterio. El análisis naturalista de estas especies empieza con Aristóteles, quien distinguió el *teuthos*, el calamar gigante, del *teuthis*, el calamar común. Plinio el Viejo escribió en su *Naturalis Historia* sobre el «pólipo», en el que juntaba al pulpo y al calamar, dotándolo de un potencial maligno que adelanta la magnificación del pulpo propia de

«zoología romántica», como lo llamó, en su libro clásico *El pez pulmonado, el dodó y el unicornio*, que se publicó en España a partir de la edición revisada en 1948 del original de 1941, y es una de las joyas de la divulgación sobre los animales mitológicos y extraños.

3. Homero. *La Odisea*. Traducción de José Manuel Pabón. Gredos, Madrid, 1993, pp. 287-288.

la era moderna: «Ningún animal es más salvaje al causar la muerte de un hombre en el agua». Plinio describió al pólipo saliendo del mar para robar pescado en un estanque en Carteia (enclave romano en el golfo de Cádiz), y era tan grande que tenía una cabeza como un barril, brazos de 10 m y un peso de 400 kg. Evidentemente, Plinio no vio esto por sí mismo.

Desde la Antigüedad circulaban leyendas de que el pulpo se comía sus propios brazos y se devoraba a sí mismo, así que no es de extrañar que se haya convertido en un símbolo del horror. Sus mutaciones de forma y color, su carácter escurridizo, sus ventosas y su fealdad le garantizaron la sospecha y el odio. Se lo consideró el equivalente marino de la araña terrestre, como ser que rodea con sus patas y mata por succión, lo que le emparenta también con la sanguijuela y el vampiro. Como ha escrito Roger Caillois en su *Mitología del pulpo*, los tratadistas de esta criatura le han asegurado «un lugar selecto en el bestiario maldito». ⁴ Sobre él se han proyectado valores característicamente humanos, especialmente los negativos. Dado que el pulpo adapta su color al fondo en el que reposa, imitando ser una roca a fin de capturar a presas desprevenidas, se lo tomó por astuto y sagaz. El cristianismo dio otro significado a su mimetismo. San Ambrosio lo puso de ejemplo de cómo el hombre imprudente cae en las tentaciones seducido por falsos encantos, de manera que el pobre pulpo terminó por asemejarse al diablo. En otro sentido, Ulisse Aldrovandi pensó que, por su vigor e inteligencia, el pulpo superaba de lejos a las otras especies en importancia y dignidad. No solo juntaba una naturaleza terrestre y otra acuática, sino que, además, tenía más fuerza que el águila y el hombre, y podría demostrar su supremacía sobre el león. Todas estas cualidades, tanto positivas como negativas, compondrán una figura mítica, una manifestación de un poder numinoso y de una voluntad que encarna lo demoníaco, que en la Europa del norte tomará la forma y el nombre de *kraken*.

4. Caillois, 1973, p. 133.

Los antecedentes del kraken

El kraken es el gran monstruo marino tradicional de Escandinavia, y el más grande de los imaginados en Occidente. En la Edad Moderna se lo asoció a un pulpo gigante, pero no siempre fue así. Su antecedente se encuentra en textos sobre monstruos marinos cuya forma no es del todo definida, y que se acercan más a la ballena. En el *Konungs skuggsjá*, en latín *Speculum regale* (*Espejo del rey*) —un texto islandés de mediados del siglo XIII dirigido a la educación del príncipe Magnus Lagabøte—, hay un capítulo de «Las maravillas de los mares de Islandia», y en él se describen varios monstruos marinos. De uno de ellos se lee que ha sido «raramente visto por los hombres», de ahí que no se pueda determinar su tamaño, pero se parece «más como una isla que como un pez». Nunca había sido cazado, y se suponía que solo había dos en todo el océano. Eran tan enormes que cuando necesitaban comida abrían su boca, que era tan grande como un fiordo, y tragaban todos los peces que había en los alrededores.

En la *Saga de Örvar-Öddr*, también de Islandia y del siglo XIII, se narra el encuentro del héroe de tal nombre con el monstruo marino Hafgufa, el más grande del mar. «La naturaleza de esta criatura es tragarse hombres y barcos, e incluso ballenas y todo lo que esté a su alcance. Permanece sumergido durante días, luego asoma la cabeza y las fosas nasales por encima de la superficie y permanece así al menos hasta el cambio de marea», se dice.

En el *Espejo del rey* y en la *Saga de Örvar-Öddr*, tenemos algunas de las primeras versiones del mito del monstruo tan grande que pasa por ser una isla, en la que los marinos desembarcan y el monstruo se sumerge arrastrándolos a las profundidades. Pero el tema no era original del norte de Europa. La primera versión del mito de la isla viviente se encuentra en el *Fisiólogo* (*Physiologus*), texto cristiano elaborado en Alejandría entre el siglo II y el IV. En él se cuenta que el *aspidochelone* (que significa «tortuga escudo» y puede ser tanto una tortuga como una ballena) es una criatura tan inmensa que se la confunde con una isla; los marineros desembarcan sobre ella y, cuando hacen

fuego para cocinar, el monstruo se despierta y se hunde en el mar, sumergiéndose con él a los marinos. Como texto moralizante que es el *Fisiólogo*, el *aspidochelone* queda asimilado al mismo diablo, que arrastra a los pecadores al abismo.

Otra referencia al mismo tema está en *Navigatio Sancti Brendani*, texto de alrededor del siglo X que cuenta el viaje del monje irlandés san Brandán durante siete años por numerosas islas hasta que alcanza el Jardín del Edén. Entre las islas visitadas hay una que aparece y desaparece, en la que el santo celebra con sus compañeros una misa de Pascua, y tras encender una hoguera para asar un cordero, la isla se estremece, resultando que es un gran monstruo marino llamado Jasconius. Pero en este caso el santo consigue ganarse al monstruo, que los conduce mansamente hasta su destino final en el paraíso. De aquí procede el mito de la isla de San Brandán (para los canarios la isla de San Borondón), que aparece y desaparece. En la Edad Media se creó una tradición cartográfica de ilustrar ese episodio de la vida de san Brandán que es el desembarco en el lomo de una ballena, tema que se extiende hasta el siglo XVII. En el famosísimo mapa de Piri Reis, de 1513, se ve a dos marineros que hacen fuego sobre un pez, y al lado hay una leyenda que cuenta el mismo episodio que el *Fisiólogo*. Y el cuento «Simbad el marino», de *Las mil y una noches*, repite la misma historia, pero en este caso Simbad se salva por poco al hundirse la isla-monstruo.

En el siglo XVI fue cuando se dio un gran impulso a la representación de los monstruos marinos, y su autor fue Olo Magno.

OLAO MAGNO, CREADOR DE MONSTRUOS MARINOS

Olo Magno, u Olaus Magnus (1490-1557), de nombre sueco Olof Måns-son, fue arzobispo de Upsala (Suecia), el primer cartógrafo de Escandinavia y el autor más influyente de su tiempo en la configuración de los monstruos marinos. La más importante colección del siglo XVI se encuentra en su mapa del norte de Europa que abreviadamente se cono-

ce como *Carta Marina*,⁵ de 1539. En ella el mundo está poblado de peligros y monstruos espantosos. Estos quedaron descritos en su obra posterior *Historia de gentibus septentrionalibus* (*Historia de las gentes septentrionales*),⁶ de 1555, que incluye una versión más pequeña de aquel mapa. Quizá influido por los monstruos bíblicos Behemot y Leviatán, Olao Magno creyó en la existencia de animales marinos tan gigantescos como islas, y repitió la historia de los marineros que echan el ancla en ellos, hacen fuego para cocer sus alimentos y, al zambullirse el monstruo, el mar se traga a los navegantes.

Olao Magno reinventó los monstruos marinos en el siglo xvi con una visión muy nórdica. Por cierto, que hasta aquí no hemos visto nada de un kraken, cuyo nombre no existía aún, ni tampoco de un pulpo gigante. Sin embargo, en la siguiente descripción de Olao de unos «peces monstruosos» se ha querido ver a cefalópodos gigantes como el pulpo o el calamar: «Sus formas son horribles, sus cabezas cuadradas, todo cubierto de espinas, y tienen cuernos largos y puntiagudos alrededor como un árbol tomado por las raíces». Esos monstruos tenían ojos enormes, de un «color rojo ardiente, que en la noche oscura parece a los pescadores en lo profundo de las aguas un fuego encendido», con pelos gruesos y largos, como una barba colgante. Su cabeza medía unos 5 m, y el resto del cuerpo era pequeño en proporción, de otros 7 u 8 m. Según Richard Ellis, esta sería la primera descripción en la historia de una sepia gigante.⁷

Se ha dicho que la intención de los grabados de Olao era no solo excitar la imaginación, sino también disuadir a los pescadores de otros países a aventurarse en las aguas de Escandinavia. Sea como fuere, los maravillosos grabados de Olao Magno eran un compendio de todas las especulaciones que se habían hecho sobre los monstruos desde Aristóteles. Debido a la preeminencia del principio de autoridad, textos e imágenes se transmitieron sin apenas variaciones, y Olao inspiró con su

5. Su nombre completo es *Carta marina et descriptio septentrionalium terrarum ac mirabilium*, publicada en Venecia en 1539.

6. <<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k15213327/f1.item>>; edición española: *Historia de las gentes septentrionales*. Edición de J. Daniel Terán Fierro, Tecnos, Madrid, 1989.

7. Ellis, 1995, p. 124.

creatividad caprichosa a sucesivos tratadistas sobre el tema, siendo enormemente influyente durante un siglo y medio.⁸

Abraham Ortelius incluyó en su atlas *Theatrum orbis terrarum*, de 1570, un mapa de Islandia cuyos mares están surcados por monstruos, la mayoría de los cuales proceden del mapa de Oloa Magno de 1539, pero para alguna de las descripciones que acompañaron a los gráficos se basó en el antes mencionado *Espejo del rey*. Hasta ese momento se hablaba de monstruos sin nombre, que la imaginación autónoma de los dibujantes creaba a su gusto o repitiendo esquemas anteriores.

A finales del siglo XVII se va generando un interés por verificar las fuentes y por obtener testimonios de primera mano. Es el inicio de la revolución científica, pero los monstruos no pasan de moda. Y entonces, en el siglo XVIII, el kraken aparece citado por este nombre, y claramente asociado a partir de aquí a la figura de un calamar o un pulpo gigante, quizá debido a que se habían encontrado restos de grandes cefalópodos varados en las costas nórdicas.

Aparece el kraken

El kraken aparece por primera vez en la obra del danés Erik Pontoppidan, el principal creador del concepto de monstruo marino como animal digno de estudio por la historia natural. El nombre *kraken*, que también se pronunciaba de otras formas, era completamente nuevo cuando Pontoppidan escribió sobre él. Su origen puede estar en el término sueco y noruego *krake*, que significa «retorcido», pero también en el alemán *krake* (plural *kraken*), que significa pulpo. Vamos a conocer al que se puede considerar su creador.

8. Arturo Morgado. «Los monstruos marinos en la Edad Moderna: la persistencia de un mito.» *Trocadero*, n.º 20, 2008.

ERIK PONTOPPIDAN, EL NATURALIZADOR DE MITOS

El danés Erik Pontoppidan (1698-1764), que fue obispo luterano de Bergen (Noruega), fue autor de una amplia literatura erudita. En 1755 publicaría la que sería su obra más importante: *Natural History of Norway (Historia Natural de Noruega)*. Pontoppidan analizó en ella distintos monstruos marinos, como las sirenas, la gran serpiente marina y el kraken. Pontoppidan confió en la información proporcionada por otros autores, pero al mismo tiempo actuó como un verdadero criptozoólogo de hoy, interesándose por las declaraciones de testigos cualificados, haciendo «una industriosa encuesta y examen de cada particular», y preocupándose por la veracidad de las fuentes. El folklorista se hacía entonces naturalista y describía que «este animal marino pertenece a la especie de los pólipos o estrellas marinas», con la forma de ramas de árbol, llamándolo «Cabeza de Medusa».

La *Historia Natural de Noruega* se publicó en inglés tres años después de su edición original y tuvo una gran difusión internacional, lo que contribuyó enormemente a la expansión de las ideas sobre los monstruos del norte. A España tardaría más en llegar, solo aparecería una traducción al castellano en 1800, en *El viajero universal*.

Vamos a encontrar a Pontoppidan tratando sobre cada uno de los monstruos de los mares. Su influencia se extiende hasta nuestros días.

Pontoppidan describió al kraken por primera vez como «redondo, grueso y lleno de brazos», y afirmando que «esta criatura es la mayor y más sorprendente de todos los animales de la creación».⁹ Era una criatura con antenas y con dimensiones colosales, tan grande que nadie había visto su cuerpo entero, sino solo su lomo, «que parece ser de una milla y media de circunferencia», aunque podía ser más. Se aparecía a primera vista «como un grupo de pequeñas islas», y entonces aparecen unos «cuernos

9. Arturo Morgado y Joaquín Ritoré. «Los monstruos marinos de Erik Pontoppidan.» Traducción española de *Natural History of Norway (1755)* Parte II, capítulo VIII, «Concerning Certain Sea-Monsters, or Strange and Uncommon Sea-Animals». *Trocadero*, n.º 30, 2018.

que se vuelven más y más gruesos al elevarse sobre la superficie del agua, y algunas veces se mantienen tan altos como los mástiles de veleros medianos». Describe que «las partes que son vistas surgiendo a su voluntad, y son llamadas brazos, son propiamente los tentáculos, o instrumentos de los sentidos». A continuación, la criatura «empieza lentamente a hundirse de nuevo, y entonces el peligro es tan grande como antes, porque la acción de este hundimiento causa un mar de fondo, como un remolino, que atrapa todas las cosas hacia abajo con él». Cuando la pesca era muy abundante y la profundidad del mar disminuía, era prueba de que tenían al kraken debajo y era el momento de salir rápidamente del lugar. Las leyendas dominantes decían que el kraken podía comerse a toda la tripulación de un barco, pero Pontoppidan tranquilizaba: «No se conoce que el kraken haya hecho alguna vez algún daño, excepto que ha tomado las vidas de aquellos que han sido llevados por la marea».

Se basó Pontoppidan para sus descripciones en escritores anteriores, desde Plinio el Viejo hasta sus contemporáneos, pero reinterpretando los relatos. Cuando cita una descripción de Lucas Debes, autor de una *Descripción de las islas Feroe*, de unas islas que aparecen y desaparecen, habitadas por malos espíritus, Pontoppidan les quita la carga diabólica. «Todo esto no puede ser más que el Kraken, Krabben o Soe-horven», afirma. Y a pesar de la carga hiperbólica de sus descripciones, Pontoppidan se burló de Olao Magno por su credulidad cuando describía a la ballena tan grande que los marinos desembarcaban y hacían fuego sobre ella, lo «que es notoriamente fabuloso y una historia ridícula».

El kraken con forma de pulpo gigante quedaba consagrado como un nuevo ente intermedio entre lo imaginario y la zoolo-gía, como un auténtico mito moderno sobre el que se iba a proyectar una pesada carga de significados morales.

El pulpo gigante, la monstruosidad moral

Además del sentido de premonición, no se puede olvidar el carácter moral que ciertos monstruos han representado en la tradi-

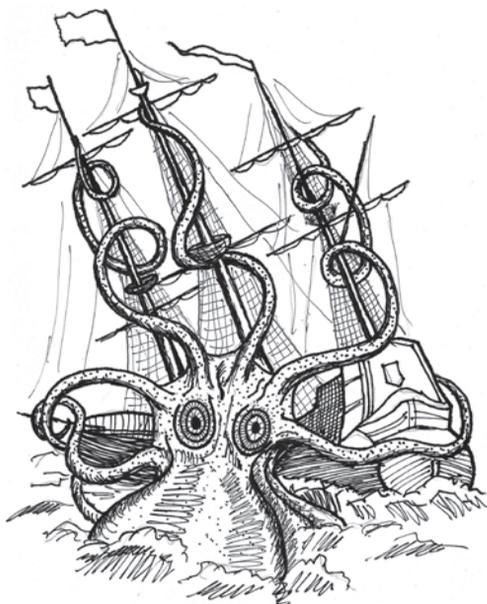
ción. Sabemos desde el episodio de Adán y la manzana en el paraíso que la serpiente se asocia a la tentación y que los reptiles están en la base de la figura del dragón como monstruo destructor. Igualmente, el pulpo, por su mimetismo con el entorno, fue asociado a la mentira. Pero fue Pierre Denys de Montfort quien hizo del pulpo gigante un monstruo en el sentido moral de la palabra.

Pierre Denys de Montfort publicó en 1802 la que sería la obra de su vida: *Histoire naturelle, générale et particulière des Mollusques*. En sus seis tomos describió con ánimo científico, entre otros moluscos, las diversas variedades de pulpos, destacando entre ellos el *pulpe kraken* y el *poulpe colossal*. Este autor fue quien más contribuyó a la leyenda del pulpo gigante, al que pintó como un ser malévolos y vengativo, con una propensión irresistible a la destrucción y a la matanza; un auténtico monstruo moral. Sus relatos de encuentros con el «pulpo colosal» no suponen solo el enfrentamiento entre el bien y el mal, sino casi una experiencia de lo sobrenatural. En las costas de Angola un barco fue atrapado por un monstruo con brazos que alcanzaban hasta lo alto de los mástiles. Los aterrorizados marineros elevaron promesas a santo Tomás de que harían un peregrinaje si los salvaba, y así fue como, con ayuda del santo, consiguieron cortar con hachas los brazos de la criatura y quedar libres.

En otros sucesos el problema de credibilidad de Denys de Montfort se va acentuando, como en este: cuando el almirante inglés Rodney capturó en 1782 en el mar de las Antillas seis buques de guerra franceses, todos fueron hundidos por el asalto de pulpos gigantes, según nuestro autor. Pero un tiempo más tarde el naturalista Henry Lee puso en evidencia la fabulación. La realidad fue que una tempestad dispersó los barcos y hundió varios de ellos. Para Lee, el pulpo de Denys de Montfort era más propio de una feria que de una obra científica.¹⁰ Si la confianza de Alcide d'Orbigny es cierta, Denys de Montfort dijo en una ocasión: «Si mi pulpo colosal es aceptado, en la segunda edición

10. Lee, 1875.

haré que hunda a una escuadra entera». ¹¹ Eran reacciones de desafío de un científico apasionado, exasperado por la incredulidad con que había sido recibida la obra más importante de su vida. Solo en un punto Denys de Montfort se ablanda y rinde homenaje a la criatura: cuando supone que tiene una vida conyugal ejemplar, la cual redime en cierta medida la negrura de su alma. Describe al pulpo «como tan fiel y lleno de atenciones para con su compañera que el autor, conmovido, al final los ve envejeciendo juntos». Lástima porque, como corrige Caillois, el pulpo es polígamo.



Versión de I. Cabria del «Poulpe colossal» de Pierre Denys de Montfort.

Georges Couvier, el gigante de la historia natural, vendría a poner un poco de racionalidad en las historias de pulpos gigantes, aunque seguiría admitiendo, igual que otros naturalistas posteriores, la peligrosidad del pulpo. Para ellos, esa mirada enigmática del maravilloso ojo del pulpo traslucía algún misterio ominoso. En cambio, D'Orbigny se deja llevar por el lirismo, se

11. Caillois, 1973, p. 37.

extasía ante la elegancia del pulpo y especialmente ante el esplendor de sus cambios de coloración y su mimetismo. Pero la que triunfaría sería la bestia demoníaca de las profundidades anunciada por el trío francés de Jules Michelet, Victor Hugo y Jules Verne: el pulpo gigante como amenaza.

La apoteosis del mal

Las noticias sobre el calamar gigante revolucionaron a la intelectualidad de la segunda mitad del siglo XIX, ofreciendo la posibilidad de presentar al monstruo como una alegoría del mal y de los terrores que acechaban a la sociedad contemporánea. El historiador francés Jules Michelet continuaba la tradición moralista de Denys de Montfort cuando, en *El Mar* (1861), incluía al pulpo en un mundo de matanza y terror. «El pulpo necesita destruir», asevera Michelet siguiendo de cerca a su antecesor en la megalomanía. Para él, el pulpo había puesto en peligro la naturaleza, pues hubiera podido absorber el globo. Lo dota Michelet, por tanto, de cualidades casi sobrenaturales, con «la fuerza mágica de un rayo misterioso». Pero al mismo tiempo lo desprecia con asco: «Más que un ser, eres una máscara».¹²

Se quedó corto si lo comparamos con Victor Hugo, con quien el pulpo alcanza la apoteosis de la depravación. En su novela *Les Travailleurs de la mer* (*Los trabajadores del mar*), de 1866, crea no un nuevo ser, sino una nueva personalidad. Para lo que se ha llamado siempre *poulpe*, Hugo toma un término dialectal local del Languedoc, *pieuvre*, y lo asocia al pulpo monstruoso de su propia creación. En el argumento, cuando la doncella Mess Lethierry ofrece que se casará con quien logre recuperar el motor a vapor del barco Durande, que está hundido, el héroe enamorado Gilliatt se lanza al mar y corre toda clase de peripecias para recuperarlo; entre ellas, y es lo que nos interesa, la pelea a cuchillo con un pulpo gigante. El autor hace toda una disertación sobre la *pieuvre* desde el ángulo moral que, con un lirismo

12. *Ibid.*, pp. 45-46.

visionario, determinará el destino legendario del pulpo. Hugo se entrega a una «meditación filosófica» sobre el monstruo elevándolo a un «misterio hiperbólico», como diría más tarde el naturalista Henry Lee. La fealdad, como suele suceder, tiene su paralelo moral, y para Hugo el pulpo odia, puesto que «ser horrible es odiar». Llega a poner en causa al mismo Dios, que «se supera en lo execrable», pues los pulpos son «las formas elegidas del mal. ¿Qué podemos hacer contra estas blasfemias de la creación contra sí misma?», se pregunta. Hugo dota al pulpo de voluntad y se recrea en el pleonasma para describirla. Su pulpo, *la pieuvre*, es «una enfermedad convertida en monstruosidad»; «una viscosidad que tiene una voluntad, ¿acaso hay algo más horroroso?, un pegote hecho de odio». «Estas criaturas son fantasmas tanto como monstruos.» Además, los pulpos marcaban para él la transición de nuestra realidad a otra más extraña, y lo dice con la metáfora más hermosa: «Son los anfibios de la quimera y de la realidad». En Victor Hugo, el pulpo es una letanía de epítetos. Sus ventosas son «pústulas vivientes que horadan la carne». Cuando el héroe, Gilliatt, se enfrenta al pulpo a cuchillo, Hugo compara las ventosas con las armas más letales, peores que las zarpas, pues con la zarpa «es la bestia la que penetra en la carne de uno; con la ventosa es uno quien entra en la bestia». Así supone la atrocidad de la muerte por succión. El cuchillo de Gilliatt resbala en los tentáculos, cruza su mirada con los ojos hipnóticos del pulpo. «Acechado, él lo acechaba.» Al final, Gilliatt se queda sin pulpo y sin la chica.

La novela tuvo un éxito inmediato; se publicaron más de quince ediciones en Bruselas, donde Victor Hugo estaba exiliado. Igual éxito inmediato tuvo su invención de la *pieuvre*, de tal manera que doce años después el término *pieuvre* se incorporó al *Dictionnaire de l'Académie*, y desde entonces suplanta a *poulpe* hasta en los tratados de zoología. Así, *poulpe* quedará reducido a lo gastronómico, al animal comestible, mientras *pieuvre* designará al pulpo zoológico y al monstruoso. Esa distinción no existe en español porque no llegó a penetrar el término con igual éxito en nuestro país. El pulpo se hace la estrella del momento, se lo expone en

todos los acuarios, se ofrecen platos de pulpo en los restaurantes de París. El pulpo está en boca de todos, literal y metafóricamente.

Henry Lee, naturalista encargado del acuario de Brighton, dedicó en 1875 un libro a este animal, en el que criticó a Victor Hugo por sus excesos verbales.¹³ Como experto que era en pulpos, Lee lo defendió como una especie inofensiva y juguetona, desmintiendo que las ventosas sirvieran para chupar a la víctima, ya que son adherentes y solo sirven para agarrar, aunque dejaba un resquicio al espanto: admitía que los pulpos son caníbales y se devoran unos a otros.

Si Victor Hugo dio al pulpo la dimensión metafísica, en 1869, Jules Verne lo magnificó con una poderosa imaginación en su novela *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Aquí el pulpo o calamar gigante (ambos se mencionan indistintamente) se convierte en la némesis del capitán Nemo. En un momento culminante de la novela, el pulpo gigante ataca al submarino Nautilus rodeándolo con sus tentáculos y bloqueando la hélice, de modo que los protagonistas han de salir al exterior a combatirlo. Tanto la intensidad del relato como los dibujos evocadores de Alphonse de Neuville capturaron la imaginación del público. Es «mitología en estado incipiente», escribirá Caillois.¹⁴

Verne no solo conocía las obras de Olao Magno y de Pontopidan, de las que rechaza las fábulas de que el cefalópodo mediría una milla marina o de que en su lomo pudiera maniobrar un regimiento de caballería, pero le habían influido las exageraciones de Denys de Montfort. Sin embargo, la inspiración más inmediata para Verne fue el caso del buque Aleton, que vamos a ver a continuación, pues Verne reproduce unos cuantos aspectos de aquel suceso. Pero los detalles científicos que Verne da sobre el cefalópodo gigante por boca del científico Aronnax son —como señala Richard Ellis— todos erróneos: el número de tentáculos, el ojo único, el color del cuerpo o la forma de la boca, además del peso enormemente exagerado de la criatura.¹⁵

13. Lee, 1875.

14. Caillois, 1973, p. 60.

15. Ellis, 1995.

Cuando Walt Disney produjo en 1954 la película *Veinte mil leguas de viaje submarino*, la escena de la lucha del Nautilus y sus tripulantes con el calamar gigante fue un momento culminante. Tras verse el Nautilus atrapado por los tentáculos del calamar, el capitán Nemo (James Mason) da la orden de tomar las armas y salir a combatir al monstruo: «Estarán ustedes luchando a corta distancia con una de las bestias más tenaces de todos los mares», les anuncia. Ned Land (Kirk Douglas) arponea al calamar justo entre los ojos y rescata al capitán Nemo. La escena era un modelo de acción subacuática. Y el modelo de calamar construido para la filmación, de dos toneladas de peso (más que un calamar real) fue una maravilla de efectos especiales, que requería 16 personas para manejar la electrónica y la hidráulica, y otras 50 para mover los hilos que sujetaban los tentáculos. El calamar se convirtió en un protagonista digno de un premio Óscar. De hecho, la película ganó el Óscar a los mejores efectos especiales.

Toda la publicidad sobre la maldad del pulpo gigante de la leyenda tenía que afectar incluso a la mejor intencionada divulgación sobre el pulpo de verdad. En 1919, en un artículo en el *National Geographic*, John La Gorce desata en un solo párrafo toda la retórica sobre lo «repulsivo», el «aspecto fiero», los «ojos diabólicos», la «mirada demoníaca», la «cabeza grotesca» y la fuerza asombrosa con la que el pulpo «atrae bajo la superficie del agua al objeto de su ira». Y en otro artículo de la misma revista de 1935, Roy Waldo Miner presenta al pulpo como una «criatura repulsiva» y «uno de los más horripilantes merodeadores de los mares».¹⁶ La cosa se fue arreglando después, teniendo en cuenta que el pulpo tiene, en realidad, 150 variedades muy diferentes. Pero la ficción no podía abandonar aquel filón. El escritor de grandes *best sellers* Peter Benchley, autor de la novela que dio lugar a la famosa película *Tiburón*, quiso continuar la tradición iniciada por la tríada francesa del siglo XIX y publicó en 1987 la novela *The Beast*, en la que repetía el tópico del calamar gigante como una bestia poderosa y vengativa.

16. *Ibid*, pp. 257-258.

Por suerte para el pulpo, en los últimos años ha habido una nueva fascinación por su inteligencia. El documental *My Octopus Teacher* (2020) (*Lo que el pulpo me enseñó*, en la versión española) es una hermosa reivindicación de una criatura a la que se aprende a amar en hora y media. Y quién no recuerda que durante el Mundial de Fútbol de 2010 el pulpo Paul escogió la bandera española adivinando que nuestra selección de fútbol iba a ganar el campeonato. ¡Ah, Paul, campeón!

El kraken ante la ciencia: el descubrimiento del *Architeuthis*

El primer hallazgo de un calamar gigante varado en una playa sucedió en la isla de Thingore, Islandia, en 1639. En 1673 se encontró otro de 6 m en Irlanda. Y así, de manera regular, se fueron hallando otros restos en descomposición en las costas, lo que llevó a Linneo a incluir al kraken, como *Sepia microcosmos*, en su primera versión del *Systema Naturae*, de 1735. Lo describió como un cefalópodo de los mares noruegos. Pero posteriormente, al tener dudas de su existencia, fue eliminado de las ediciones posteriores. A pesar de todo, la descripción formal de Linneo hizo que la imagen del kraken quedara fijada para siempre como un cefalópodo gigante.

Durante un viaje del capitán James Cook en 1771, la tripulación observó flotando en el mar un cuerpo que el naturalista de a bordo describió como una sepia gigante. En Irlanda fue encontrado en 1790 un enorme calamar de unos 13 m, y así sucesivamente. El naturalista Henry Lee defendió en su libro *The Octopus: the «Devil-Fish» of Fiction and of Fact* (1875) que los testimonios sobre serpientes marinas eran confusiones con pulpos, e identificaba el valor económico que podía tener su explotación comercial, promoviendo que el Imperio británico sacase provecho de estas especies.

Cuando en 1854 apareció un calamar gigante varado en la costa de Dinamarca, el naturalista Japetus Steenstrup identificó el ejemplar y tres años después lo registró como una nueva especie a

la que llamó *Architeuthis monachus*. Fue el momento decisivo en la consolidación científica del calamar gigante como una realidad.

Y un momento culminante fue el 30 de noviembre de 1861, cuando la corveta francesa *Alecton* observó un impresionante calamar frente a las costas de Tenerife. El capitán Bouguer escribió en su informe posterior al ministro de Marina: «A las dos de la tarde, me encontré con un animal monstruoso que reconocí como el *Pulpo gigante*, cuya existencia discutida parece estar relegada al campo de la fábula». Resolvió entonces capturarlo para poder estudiarlo, pero «el animal mismo, aunque casi siempre a flor de agua, se desplazaba con una especie de inteligencia y parecía querer evitar la nave». Los arpones y las balas penetraban en la carne del animal sin resultado aparente. El animal vomitó gran cantidad de espuma y sangre con materias pegajosas que despedían un intenso olor a amoníaco. Escribe Bouguer:

Después de varios encuentros en los que solo se pudo dispararle unas diez balas, logré acercarme a él lo suficiente como para arrojarle un arpón, así como un nudo corredizo. Estábamos a punto de multiplicar las ataduras, cuando un movimiento violento del animal hizo que el arpón se saliera; la parte de la cola en la que la soga estaba enredada se rompió y solo subimos a bordo un fragmento que pesaba unos veinte kilogramos.¹⁷

El capitán pudo distinguir que era un calamar gigante de una especie no descrita, de color rojo ladrillo, de 5 o 6 m de cuerpo y unos brazos de 2 m, con un pico de loro que podía medir casi medio metro. Y añade: «Presenta una figura repelente y terrible».

Bouguer dio testimonio del hecho en una carta que fue leída en la Academia de Ciencias francesa. Con esto, el kraken quedaba relegado a la leyenda, pero con el nombre científico de *Architeuthis* había pasado a engrosar la nómina de los animales reales de las profundidades.

Por razones que pudieron tener relación con cambios ecológicos, en la década de 1870 se encontraron en las costas de Terra-

17. En Caillois, *op. cit.*, p. 40.

nova, o flotando en aquellos mares, docenas de calamares gigantes muertos. Según se contó, en 1873 un pescador vio en el mar algo que creyó que eran restos de un naufragio, pero cuando se acercó para intentar agarrarlo, aquello golpeó la borda y lanzó un tentáculo alrededor del bote. El ejemplar fue cazado y llevado al naturalista aficionado Moses Harvey, quien compartió el descubrimiento con el famoso profesor de Zoología Addison Verrill, de la Universidad de Yale. Y el mismo año otros pescadores de Terranova cazaron en sus redes otro calamar gigante de 8 m de largo, que llevaron también a Harvey. Para poder mostrarlo al público, este colocó los tentáculos colgando sobre una estructura de madera y sacó una foto. Es la primera fotografía conseguida en la historia de la especie *Architeuthis*. Con los ejemplares que Harvey le envió, Verrill fue capaz de publicar varios artículos científicos sobre la especie, a la que en honor a su colaborador puso el nombre científico de *Architeuthis harveyi*.

Adiós al pulpo gigante

En 1896 se encontró en una playa cercana a San Agustín, en Florida, una masa de carne en descomposición, que en inglés se conoce como *blob*, o *globster* (este último término ideado por Ivan Sanderson). El científico local DeWitt Webb dedujo que eran restos en descomposición de un pulpo gigante y, como Harvey, envió fotos a Addison Verrill. Este rápidamente concordó en que el blob era un pulpo gigante, y en su primera publicación científica sobre el tema le dio el nombre científico de *Octopus giganteus*. Basándose en las fotografías, dedujo que el pulpo debía medir unos 30 m de largo.

Unos meses más tarde Verrill empezó a cavilar que el tamaño del blob era mucho más grande que cualquier pulpo conocido, y en una nota dirigida al *American Journal of Science* escribió que su forma parecía más de calamar que de pulpo, y que podía ser una especie de *Architeuthis*. Pero cuando Verrill recibió un trozo de los restos que le envió Webb, cambió de opinión y se decantó por un cetáceo, una ballena, justificando el error inicial por ha-

ber recibido información errónea sobre un brazo que tenía unas dimensiones de 12 m. Contra la opinión de DeWitt Webb, en marzo de 1897 Verrill dictó su última palabra sobre el caso en el *Journal of Science*: era un cachalote. Aunque la revista *Natural Science* recordó a Verrill que: «Uno no debería intentar describir especímenes varados en la costa de Florida mientras se está sentado en un despacho en Connecticut».

El asunto quedó olvidado durante sesenta años, hasta que en 1957 los biólogos Forrest Wood y Joseph Gennaro, tras un análisis de los restos que se habían conservado del «monstruo de San Agustín» en la Smithsonian Institution, llegaron a la conclusión de que pertenecían a un pulpo gigante, con todo lo fantástico que pudiera parecer, ya que nunca se había podido demostrar la realidad de la especie. Tuvieron el apoyo en 1986 del biólogo y criptozoólogo Roy Mackal, quien —tras comparar los aminoácidos de la muestra del «*Octopus giganteus*» con los de muestras de varias especies de ballenas— dijo que se trataba de «un cefalópodo, probablemente un pulpo, sin concretar una especie definida».¹⁸ Es decir, que apoyaba la presunción inicial de DeWitt Webb, el descubridor del blob.

Entre los casos que, según los creyentes, apoyarían la existencia del pulpo gigante está uno sucedido en aguas frente a Málaga en 1951. Al recogerse un cable roto desde una profundidad de más de 2.000 m, este salió rodeado de un tejido carnoso que tenía un fuerte olor. El capitán del barco que realizaba la tarea sugirió que el cable podía haber sido roto por un pulpo gigante, pues el animal tenía que ser muy poderoso para haber hecho tal daño.

Las esperanzas de los soñadores en el pulpo gigante se vieron sacudidas en 1995 cuando el zoólogo Sydney Pierce estudió al microscopio una muestra del «monstruo de San Agustín» y afirmó que pertenecía a un vertebrado de sangre caliente, es decir, a una ballena. La única prueba creíble de la existencia del pulpo gigante se venía abajo.

18. Roy Mackal. «Biochemical Analyses of Preserved *Octopus Giganteus* Tissue.» *Cryptozoology*, vol. 5, 1986.

Para los escépticos de los monstruos marinos, los blobs encontrados en las costas tienen explicaciones más mundanas que la de los grandes cefalópodos. Como ha señalado el paleontólogo Darren Naish, los blobs resultan ser, por lo general, carne y grasa de ballena en descomposición, que al desprenderse del hueso queda como una masa deforme.¹⁹ Y Lothar Frenz nos recuerda que «el mayor cefalópodo de ocho tentáculos conocido hasta la fecha —el *Octopus dofleini*, el “gran octópodo del Pacífico”— suele pesar hasta 15 kilos».²⁰

El pulpo gigante, por tanto, permanecerá en la mitología, pero nos queda el calamar gigante, el *Architeuthis*, para seguir soñando con portentos de tiempos pasados. Richard Ellis cree que el *Architeuthis* podría explicar la mayor parte de los casos históricos tanto de encuentros con el kraken como de serpientes marinas. En sus palabras, «solo el *Architeuthis* retiene su estatus mitológico y criptozoológico».²¹ Al menos en este animal la realidad iguala al mito.

El kraken que era tan grande como una isla y el pulpo gigante terrible del mito literario, finalmente, no existen ni existieron nunca, pero su poder evocador sigue vivo en el imaginario popular, que revive cada vez que leemos a Verne o vemos una película clásica de pulpos. El poeta inglés Alfred Tennyson reflejó en 1930, inspirado por el *Paraíso perdido* de John Milton, el misterio de las profundidades y el poder del mito con el poema con el que he encabezado este capítulo, *The Kraken*, en el que el monstruo marino es una presencia antigua, mitológica, como un Leviatán que resurgirá al final de los tiempos. Mientras tanto, «el kraken duerme».

19. Naish, 2016, p. 40.

20. Frenz, 2014, p. 180.

21. Ellis, 1995, p. 376.